

Para una interpretación epistemológica de las ideologías

(PARTE II)

Por: Augusto L. Uribe. I. E.
Director del CIDI - U. P. B.

0. INTRODUCCION GENERAL

El anterior artículo de esta serie (1) trató en primera instancia de introducir la problemática epistemológica de las ideologías a través de una comparación de su dinámica cognoscitiva con un proceso ya planteado para el campo genérico de las disciplinas (2), el cual forzosamente conducía a una relación entre éstas, hecho que de paso se señala como sugerente de una interesantísima transposición de la transracionalidad disciplinar a la ideológica. Igualmente se señalaron las interpretaciones histórico-hermenéuticas de Scheler y Mannheim para presentar luego los conceptos un poco más cotidianos, cuya concepción obligadamente llevaba a la segunda paradoja de Althusser, para llegar entonces a un esquema de las formas ideológicas. El presente artículo continúa la correspondiente exploración, siguiendo de cerca a quienes con alto rigor, así sea en forma introductoria, afrontaron de lleno la tan espinosa pero decisoria problemática que el encabezamiento de este artículo sugiere, y entre los cuales cabe mencionar a Thomas Herbert, Alvin Gouldner, Enrico Carontini y Daniel Peraya, pero con una base fundamental, la althusseriana, rigurosa en extremo con independencia de, a su vez, la ideología particular.

(1) Cfr. "Para una interpretación epistemológica de las ideologías", Parte I, Cuestiones Teológicas No. 15.

(2) Cfr. "De la Dinámica Disciplinar a la Génesis Interdisciplinar" Cuestiones Teológicas No. 14.

I. EL CONCEPTO DE PRACTICA

El esquema clasificatorio global de las ideologías, agrupante de ellas tanto genética como formalmente, introdujo el concepto de práctica, que como elemento básico de nuestra interpretación convendrá dilucidar inicialmente y situar luego dentro del entramado ideológico-disciplinar. Tal aclaración recurrirá al enfoque sistémico (3), el cual considera un sistema o conjunto de elementos interrelacionados como poseedor de un conjunto de entradas a través de las cuales recibe de su medio ambiente materia, energía o información, que una vez transformadas por los mecanismos internos son devueltas nuevamente hacia aquél merced a las salidas, Figura 1. Por “práctica” se entiende entonces un tal proceso de transformación originado en una actividad humana, que para su realización usa determinados mecanismos, entendiendo estos en su sentido extrapolante.

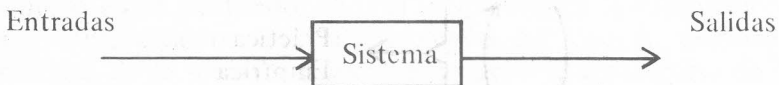


Fig. 1

Entonces, según sea la naturaleza de la entrada, la salida y los mecanismos, se tendrán las correspondientes clases de práctica, tabuladas así:

Entradas	Salidas	Mecanismos	Tipo de Práctica
Materias Primas	Productos Técnicos	Instrumentos de producción	Técnica
Relaciones Sociales	Relaciones Sociales	Instrumentos políticos	Política
Conciencia dada	Conciencia nueva	Reflexión de la conciencia	Ideológica
Producto ideológico	Conocimiento teórico	Trabajo conceptual	Teórica

(3) Cfr: "Teoría de Sistemas e Interdisciplinariedad", "Notas Elementales sobre el Enfoque Sistémico", CIDI - U. P. B.

La operatividad de este conjunto de prácticas, conformantes de un sistema, dentro de una determinada estructura social, recibe el nombre de "práctica social". En su marco, será ahora fundamental el explorar las interrelaciones cuya imbricación permite el análisis cognoscitivo.

II. LA DINAMICA DE LA PRACTICA

Las relaciones meramente instrumentales son el objeto de la práctica técnica y las sociales se constituyen en el correspondiente de la práctica política. Ambas constituyen un subsistema que Althusser denomina "práctica empírica" (Fig. 2).

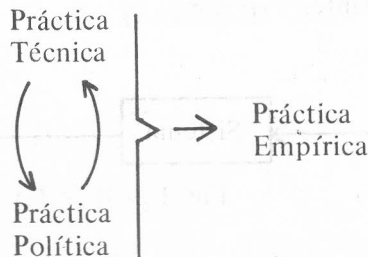


Figura 2

Entonces, la práctica social puede estructurarse como conformada por tres subsistemas, dos de ellos en continuidad (la práctica empírica y la ideológica) y dos en discontinuidad (la ideológica y la teórica), llamada ésta precisamente ruptura epistemológica (Figura 3).

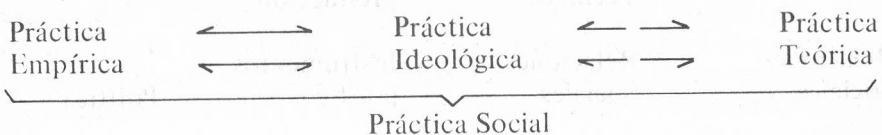


Figura 3

Ahora bien, la práctica empírica tiene como elementos componentes la técnica y la política; al desglosarla de tal modo resultan obviamente dos líneas evolutivas que llamaremos arbitrariamente A y B, lo que, por otra parte, justifica nuestra primera categorización de las ideologías (Figura 4), puesto que es claro que todo el sistema vendrá dividido

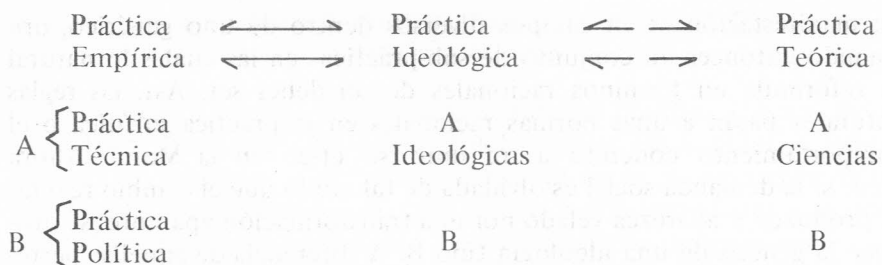


Fig. 4

por la correspondiente coordenada. Queda por aclarar, si es posible, las leyes que rigen esta estructura. Y la condicionalidad se antepone por razones varias, entre las principales, nomenclaturales en cuanto haya dificultad en concatenar un tratamiento Althusseriano como el advertido con una epistemología interdisciplinar, y cognoscitiva simultáneamente o en el trasfondo, dada la incipiente de la exploración. De todos modos, digamos que las ideologías del tipo A, originadas o subproducto de la práctica técnica, accederían a la categoría de disciplinas protocientíficas, y las de tipo B se identificarían con las disciplinas axiológicas e hipernaturales (vale decir, jurídicas, morales, míticas, religiosas y estéticas). El desplazamiento por encima de la coordenada llevaría a las disciplinas científicas naturales, y por debajo, a las que se han denominado culturales.

Naturalmente, la acción transformadora de la práctica técnica se realiza con miras a su salida, y la naturaleza de esta, que constituye su elemento teleológico, vendrá impuesta por el todo sistémico de la práctica social. Es ella, la que al generar una demanda, convertida en la entrada de aquella, determina la respuesta: las técnicas de la microelectrónica son inducidas por la sociedad industrial, como lo fueron las agrimensurables egipcias y las astronómicas babilónicas por su correspondiente sociedad. El proceso se realiza, por otro lado, mediante un menaje instrumental que permite la simulación y la verificación en la realidad, a la cual se adecúa de manera paulatina, situación designada por Herbert como "realización de lo real". Conjuntada con la adecuación de la respuesta a la entrada, constituye la estructura biletal de la dinámica en la práctica técnica.

Lo interesante en continuidad es que si sobre la entrada opera simultáneamente una práctica ideológica, existirá un segundo resultado, a saber, una ideología tipo A. En tal caso se superponen el discurso técnico propiamente dicho y el ideológico.

La práctica política no es posterior a la técnica, y como se ha dicho su objeto lo constituyen las relaciones sociales: son su materia prima a transformar, al generarse, aquí también, una demanda, y constituyéndose como elemento transformatorio, un discurso que la reformula.

La manifestación es en campos diversos dentro de uno genérico, originando entonces un conjunto de sub-prácticas en las cuales lo natural se reformula en términos racionales de un deber ser. Así, las reglas naturales pasan a unas normas racionales en la práctica jurídica o el comportamiento concreto a un universo ético en la Moral. Ahora bien, si la demanda social es olvidada de tal modo que el cambio real no se produzca y aparezca velado por una transformación aparente, se produce la génesis de una ideología tipo B. A diferencia de aquellas pertenecientes al tipo anterior, inesenciales en último término y mas bien nubosas en su operación y de aparente científicidad en su intención, la clase en cuestión es una especie de cemento que mantiene el todo en su sitio. En palabras de Marta Harnecker “ella se desliza también por las otras partes del edificio social, es como el cemento que asegura la cohesión del edificio. La ideología cohesiona a los individuos en sus papeles, en sus funciones y en sus relaciones sociales”.

III. TEORIA, CIENCIA E IDEOLOGIA

En esta altura, el cronista cree importante relieves que el objetivo próximo de su exploración es previo a otro dentro del cual la ideología pueda ser ubicada dentro de un sistema cognoscitivo (i. e., epistemológicamente) cuya estructura u orden interrelacional permita ser analizada (o sea, estudiada interdisciplinariamente). Ahora el recurso es la dinámica Althusseriana, tomado como primigenio mas nunca como absoluto, pero proporcionante de bastantes elementos coadyuvantes iniciales. En tal contexto han pues de ubicarse los conceptos de práctica y teoría aquí usados. La definición global de aquella permitió algunas especificidades acordes con determinados insumos, instrumentos, formas laborales y productos. Por teoría se entenderá una práctica teórica de carácter científico, pero dado que toda ciencia posee un sistema teórico, corpus conceptual dentro del cual se realiza la problematización que la dinamiza y a la cual, más estrictamente se llamará “teoría”. Es necesario, por ende, una disciplina que estudie, teóricamente, la práctica en general. Ella se denominará Teoría, y epistemológicamente, constituye el objeto del materialismo dialéctico una vez se interprete el marxismo en términos puramente cognoscitivos. Aquí radica, para este cronista, el interés fundamental de Althusser, así sea restrictiva su formulación, explícitamente declarada en “Pour Marx”:

“El materialismo dialéctico tendrá por objeto las diversas prácticas existentes, particularmente la ciencia, y constituirá la teoría de las condiciones de producción de los conocimientos, es decir, el análisis de las formas de saber y de los procesos de producción de estas. Escapando así al círculo cerrado de las filosofías críticas, esta teoría sería al mismo tiempo la historia de su propia producción: el materialismo dialéctico constituye la teoría de la producción real del saber, de las ciencias y sus verdades científicas, pero se constituye además en una metateoría consciente de sí misma y susceptible de dar cuenta

de su propia elaboración. Dicha teoría es la dialéctica materialista, que forma una misma cosa con el materialismo dialéctico”.

El retorno a nuestro análisis tras la anterior clarificación nos llevará a la última etapa (por el momento) del proceso. En la práctica teórica, la entrada, insumo o realidad a transformar no es la concreción, la realidad real, “aquello existente cuya esencia sea la inmediatez y la singularidad puras”, sino la ideología misma; la materia prima es una generalidad de naturaleza ideológica; la función del proceso es la elaboración de hechos científicos a partir de una crítica de los hechos ideológicos que las prácticas ideológicas han producido.

La dinámica transformatoria es más claramente interpretable mediante la acción de los tres momentos o generalidades que la estructuran, interactuando de acuerdo a la figura 5:

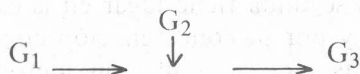


Figura 5

G_1 es la ideología, resultante de la práctica ideológica en continuidad con la empírica. G_3 es el producto, el sistema articulado de los conceptos científicos, y G_2 es el aparato de transformación, cuya definición coincide con la de teoría. El paso de G_1 a G_3 , que constituye un proceso netamente epistemológico, produce una transformación de orden cualitativo; entre ambos momentos no existe identidad de esencia, sino un salto teórico e histórico denominado ruptura epistemológica. En palabras de Althusser, “Ciencia e Ideología solo existen y se definen en la diferencia: no siendo la ideología jamás tal, sino para la ciencia que, a su vez, tras haberla asumido en sí misma, la hace aparecer como tal, ni siendo jamás la ciencia sino ciencia de la ideología, puesto que produce el conocimiento de un objeto, cuya existencia está indicada por una región determinada de la ideología. Se trata de una dialéctica real que opera mediante el advenimiento de este corte, es decir, de un trabajo de transformación teórico que instaura ésta en cada caso (cada corte), y que funda una ciencia separándola de la ideología de su pasado, que se revela así como ideológico”.

En síntesis: toda ciencia posee un pasado ideológico, su prehistoria, con el cual se rompe, posibilitando la historia. De paso, digamos que una posible disciplina cuyo objeto lo constituya la historia así entendida es el materialismo histórico, al tiempo que el dialéctico sería una de tantas disciplinas de la historia epistemológica, de la distinción entre ciencia e ideología, y generadora de metaepistemología, en el amplio sentido interdisciplinar.

IV. EPISTEMOLOGIA DE LA TERCERA GENERALIDAD

El análisis cognoscitivo de G_3 tiene, en la perspectiva en estudio, algunas coincidencias con definiciones dadas por este cronista en estudios antecedentes. Así, una ciencia desarrollada, digamos clásica, tendrá para la escuela Althusseriana, un objeto y un método, completamente interrelacionados, dado que el método se entiende como el "conjunto ordenado de la práctica teórica que produce su objeto y que se ve reglado por éste". El objeto es previo, y una vez dispuesto, traza el camino que hacia él conduce. La ciencia en estado naciente es una "aventura teórica", en la cual el acceso al objeto se realiza a través de caminos confusos y en ocasiones falseados. Tal distinción entre ciencia naciente y ciencia estable origina los dos momentos del trabajo teórico: la transformación del objeto y su reproducción metódica.

La primera se realiza en "la inquietud y al acaso", usando "los medios de a bordo". La segunda tiene lugar en la calma de la ciencia establecida, que de paso y por su concatenación con nuestra propia teoría dinámica, presenta fases de acumulación metódica que cargan la atmósfera teórica y que originan en un cierto "tiempo fuerte", una revolución teórica. Precisando, ante todo ha de enunciarse el objeto mediante el trabajo de transformación y en sucesión, la reproducción metódica de aquel, operación en cuya virtud el discurso teórico reflexiona sobre sí mismo, buscando su cohesión, usando experiencias varias interrogantes de una cierta teoría en dominancia y con la ayuda de instrumentos que se importan y exportan interdisciplinariamente.

En síntesis, en toda ciencia cabe distinguir dos momentos; el primero, la transformación productiva del objeto, en el cual, la dicha ciencia "habla", usando un trabajo teórico-conceptual que subvierte el discurso ideológico anterior; el segundo constituye la reproducción metódica del objeto. Aquí, la ciencia "se oye hablar", mediante un discurso conceptual-experimental, articulante de los fenómenos producidos.

Tal es la trayectoria dinámica que la concepción descrita preconiza. Como observaciones adicionales quepa el decir que, ante todo, aceptando una muy notable validez epistemológica, sería de interés su ampliación a la concepción disciplinar amplia que en otras partes este cronista ha formulado y en términos más específicos, los notables interrogantes que es posible deducir para unas ciertas disciplinas, v. gr., las culturales, en las cuales aparentemente, se ha presentado el segundo momento sin la concreción del primero, impidiendo así la operación de la correspondiente ruptura epistemológica, razón que invita a considerarlas en un estado aún ideológico.

V. HACIA UNA TEORIA GENERAL DE LAS IDEOLOGIAS

Conocido lo que pudiera denominarse el eje diacrónico cabrá ahora

sobre él efectuar un corte sincrónico y, aislándolas, así y es natural, no en forma estricta, ir más al fondo cognoscitivo de las ideologías. Como introducción cabe el citar a Marta Harnecker: "Las ideologías, como todas las realidades sociales, solo son inteligibles a través de su estructura. La ideología comporta representaciones, señales, etc., pero estos elementos considerados aisladamente no hacen la ideología; es su sistema, su modo de combinarse lo que les da sentido; es su estructura lo que determina su significado y función. Debido a que está determinada por su estructura, la ideología supera como realidad todas las formas en las que es vivida subjetivamente por tal o cual individuo. La ideología, por lo tanto, no se reduce a las formas individuales en las que es vivida y, por ello, puede ser objeto de un estudio objetivo. Es por esto por lo que podemos hablar de la naturaleza y de la función de la ideología y estudiarla".

Tal orientación dirige al estudio actual de las ideologías, como es perfectamente natural puesto que en independencia de la misma ideología, aquellas líneas son reflejo de las actuales directrices epistemológicas. Adicionalmente al hecho de que éstas se aplican a cualquier elemento cognoscitivo, una teoría general de las ideologías es necesaria al considerar, ante todo, la aparición de las Ciencias Naturales, en las cuales es claramente identificable la ruptura epistemológica con respecto a ideologías tipo A y los dos momentos de transformación e identificación del objeto; luego, la posibilidad de que las ideologías de tipo B sean futuros objetos científicos, presentándose por un lado todo el esfuerzo teórico de una ciencia de las formaciones sociales como resultado del marxismo, y por otro, el conjunto de teorías originantes de las ciencias culturales, las cuales, y por concatenación lógica originan la consideración de que no solo el producto de la ideología sino ella misma pueden ser sujeto de un trabajo teórico.

VI. LA ESTRUCTURA DE LA ARQUITECTURA IDEOLOGICA

Como primera etapa del anterior planteamiento cabe la ampliación de lo ya presentado esquemáticamente en el artículo previo al presente en lo referente a las "Formas Ideológicas", cuyo origen ha quedado perfectamente esclarecido en el análisis pasado, anotando de paso que si bien la arquitectura ideológica, i. e., las formas de esquematizar las diferentes variantes, no es tan rica como la científica, sí tiene otras presentaciones. Así, otra forma posible de catalogación sería la división en ideologías prácticas, de carácter más o menos difuso o irreflexivo, no teorizadas o sistemáticas (v. gr., tendencia, costumbres), e ideologías teóricas, de mayor conciencia y sistematización. Igualmente sería factible el recurso de identificar cada clase social con un peculiar modelo idiosincrático de ideología, esquema bastante rico desde el punto de vista formal.

Recuérdese que la operatoriedad ideológica en un proceso técnico origina las ideologías del Tipo A, donde funciona una reorganización de los elementos en un discurso específico; en cambio, el tipo B surge como resultante de un mecanismo aplicado a la práctica política. En términos de un materialismo dialéctico, los orígenes respectivos se situarán en el proceso de producción y en las relaciones sociales de producción. Es claro que, como en cualquier estructura, lo esencial no radica tanto en los elementos mismos cuanto en la forma de su disposición. En tal perspectiva, dado que en aquel proceso intervienen la materia prima, el instrumento, una dinámica propia al tiempo que un campo conceptual, opera lo anteriormente denominado realización técnica de lo real controlada por una ideología que adquiere forma empírica, centrada en el logro de un ajuste entre el significante y la realidad; y dado que las relaciones son inmanentes a una cierta formación social, y que el instrumento de la práctica política es un discurso, la forma B es especulativa y dirigida hacia la coherencia de las relaciones sociales sobre un modelo discursivo articulado, mostrario de la articulación intersubjetiva. La combinación entonces de dos tipos de orígenes y dos clases de formas origina los cuatro matices ideológicos ya mencionados y que se repiten aquí en orden a la claridad:

Origen	Forma
Técnico	Empírica
Técnico	Especulativa
Político	Empírica
Político	Especulativa

convirtiéndose en un interesante ejercicio la ejemplificación de cada categoría.

Una posible vía de interpretación teórica es aquella conducente a un análisis semiótico, también ya sugerido. Aplicado al aspecto formal, es obvio el que, dado que la forma empírica concierne a la relación de un significado y un significante y la especulativa es referente a la interarticulación de significaciones, aquella desencadena una función semántica y esta una sintáctica.

Efectivamente, la ideología empírica se desenvuelve dentro de un medio ambiente, la realidad, de la cual el hombre produce y distribuye significantes, que en un esfuerzo de organización a ella deberán ajustarse, el hombre es visualizable aquí como un ser ecológico desempeñando lo que denominamos una "Función de lo Real". Por otro lado la forma especulativa considera al hombre como elemento conformante de un sistema de comunicación de significantes o código controlador de las interacciones sociales. Así, aquel deviene en un ser social: autorregido en virtud del lenguaje que posee, constituyendo su rol una "función de

reconocimiento" intersubjetiva, y cuyas relaciones son pues poseedoras de una naturaleza lingüística en su ubicación social.

VII. PRINCIPIOS OPERATORIOS

En síntesis, la arquitectura ideológica que se ha diseñado permite una categorización binaria con notas específicas: las ideologías tipo A se fundamentan conceptualmente en una función de lo real y una relación objetal, siendo su proceso de tipo metafórico, i. e., de sustitución de significantes, con un efecto de dominancia semántica, en tanto que las de tipo B poseen una función de reconocimiento y una relación comunicativa y controladora, con procesos metonímicos, o sea, interconexión de significantes y con un efecto de dominancia sintáctica.

Así, la estructura completa se rige por dos principios básicos: ante todo, el de dualidad, cuyo enunciado diría sobre la bimodalidad ideológica dentro de una ideología dada, distinguiéndose una dominancia metafórico-semántica o una metonímico-sintáctica, según la pertinencia: la diferencialidad de las señales o la operatividad conexional. El segundo principio, el de desigualdad, habla de la imposibilidad de la existencia pura de una ideología A.

VII. CONCLUSION

Este artículo ha permitido la esquematización, ante todo, de la dinámica de las ideologías bajo una concepción específica, la práctica social, para derivar hacia una caracterización más explícita de las formas básicas, que permitió, adicionalmente, entrever la existencia de leyes operatorias intrínsecas.